



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro

Domingo 13 de julio de 1980

1. En este nuestro encuentro del "Ángelus", que es el primero tras el regreso de la visita pastoral a Brasil, deseo ante todo saludar cordialmente a todos vosotros, queridos romanos, y también a los visitantes venidos de fuera de Roma, que os habéis concentrado en esta maravillosa plaza de San Pedro.

Dios os bendiga a los aquí presentes, a vuestras familias y vuestras merecidas vacaciones. Y bendiga de modo especial nuestros encuentros en la oración.

2. Hoy, en nuestra oración deseo expresar mi gratitud a Dios y a los hombres por todo el tiempo que he estado en tierra brasileña. Muchas circunstancias favorecieron la invitación que me dirigió la *Iglesia de Brasil* por boca de sus cardenales y obispos a esa invitación se unieron gentilmente los representantes de las autoridades civiles con el Presidente de la Federación brasileña a la cabeza. El 25 aniversario de la institución del Consejo de los Episcopados de América Latina (CELAM), coincidió con la solemne consagración de la basílica del primer santuario mariano de Brasil en Aparecida y con el Congreso Eucarístico Nacional en Fortaleza.

Mientras agradezco la invitación ligada a esos importantes acontecimientos de carácter religioso-ecclesial, deseo manifestar mi reconocimiento *por algo más*; por toda la prontitud de apertura y de contactos, que he experimentado en el transcurso de todos esos días durante las diversas etapas de mi viaje brasileño. Ese viaje se puede definir como una peregrinación al corazón del Pueblo de Dios en aquella tierra, cuya historia, desde hace algunos siglos, se desarrolla a la luz de la irradiación del misterio de la cruz y de la redención; una *peregrinación al corazón del pueblo*, allí donde la Madre de la Divina Revelación (*María Aparecida*) presenta incesantemente al pueblo su

Hijo en el Evangelio y en la Eucaristía.

Precisamente en nombre de Cristo y de su Madre he sido acogido por todas partes en tierra brasileña como *primer servidor* de la Iglesia, que Cristo construyó "sobre el fundamento de los Apóstoles y de los profetas" (Ef 2, 20), recomendando a Pedro que confirmara a sus hermanos (cf. Lc 22, 32).

Y sobre todo, deseo dar gracias por esa comunión *de la fe que surge* de la Palabra del Dios vivo y de la esperanza que nutren los hombres "pobres en espíritu".

Por lo demás, será difícil que yo no vuelva a hablar nuevamente de la experiencia de ese encuentro con Brasil.

3. Hoy la Iglesia nos recuerda, en las lecturas de la liturgia, la parábola del *buen samaritano*. Mediante esa parábola, Cristo enseñó entonces a sus oyentes cuál es el primero y más importante mandamiento y les explicó que el prójimo a quien hay que "amar como a sí mismos" es todo hombre sin excepción, aunque nos separaren de él la aversión y los prejuicios.

Al reflexionar sobre esa fundamental verdad del Evangelio, roguemos para que, en el mundo entero y entre todos los hombres, *la actitud del buen samaritano* supere toda aversión y todo prejuicio, así como también el odio, la hostilidad y la crueldad. Que la vida humana sobre la tierra se haga —como leemos en los Documentos conciliares— más *humana* y más digna del hombre.

Después del Ángelus

Un saludo especial para los grupos de África que se hallan aquí presentes hoy. Recibid mi cordial bienvenida. Que Dios bendiga vuestra peregrinación a Roma y os conserve a vosotros y a vuestros seres queridos siempre en su amor.

Sé que está hoy aquí un grupo especial de Brooklyn: gente que ha venido a pesar de ser minusválidos físicos, por lo cual sufren. Os aseguro mi cordial y paterno afecto, y pido a Dios os asista y bendiga siempre.

Saludo ahora cordialmente al grupo de alumnos y profesores españoles del Centro Cultural "Casa Nostra" de Bañolas (Gerona), de la Institución Magdalena Aulina. Manteneos firmes en vuestra vida cristiana. Y gracias por haberos detenido en Roma hasta mi regreso.

(Llamamiento en favor de las personas secuestradas)

Deseo dirigir una vez más un angustioso llamamiento a cuantos tienen bajo secuestro, con fines

de extorsión, a personas inocentes e inermes, violando así todo derecho humano y divino.

Me dirijo, en particular, a los desconocidos raptos de la joven Barbara Piatelli, la cual, pese a haber sido pagado el rescate, sigue todavía en manos de ellos. A estos les digo: sed *hombres* y recordaos de la *dignidad* de todo hombre y de toda mujer. Os lo suplico: ahorrad sufrimientos y angustias inenarrables a las personas secuestradas y a sus familias, y restituidlas a la libertad y al afecto de sus seres queridos.

Roguemos al Señor para que toque los corazones de esos hombres y no se manchen con ulteriores culpas, prolongando la detención y, con ella, el atroz tormento de los prisioneros y de quienes los esperan con el corazón destrozado.